

II.3. EL CLIMA (*)

Cuando en Junio de 1799 el barón Alexander Von Humboldt ascendió el Teide en la isla de Tenerife pudo observar cómo la vegetación que aparecía distribuida a lo largo de la falda de este volcán (3.718 m.s.m.) lo hacía formando estratos o escalones a modo de *pisos*. Esta observación, que sentó las bases de lo que sería en el futuro la ciencia de la Geobotánica, constituye un buen ejemplo microregional sobre el modo en que las variables climáticas (fundamentalmente temperatura y precipitación) propician a nivel terrestre la distribución zonal de las grandes formaciones vegetales.

Las razones de esta desigual climatología en la superficie terrestre (y de la vegetación adaptada a ella) se debe en parte a la forma de nuestro planeta (*geoide*), que propicia el desigual reparto de la energía solar, y a la inclinación que su eje polar posee ($23^{\circ} 27'$) respecto del eje vertical al plano de la eclíptica, causa determinante de la estacionalidad, particularmente acusada en las latitudes más elevadas de ambos hemisferios. Como quiera que la inclinación ha ido variando a lo largo de la historia geológica, al igual que lo ha hecho la ubicación de los polos geográficos, la distribución de las masas de tierra emergidas, las características de la atmósfera, etc., se infiere que el reparto de la radiación ha tenido que ser necesariamente diferente a lo largo del tiempo, como diferentes habrán sido en consecuencia las corrientes atmosféricas que, sin duda, contribuyen en buena medida a las características del clima.

Es bien sabido que a cada tipo de clima corresponde grosso modo un tipo determinado de vegetación, cuyos elementos florísticos presentan adaptaciones ecofisiológicas que los hacen especialmente aptos para desarrollarse en tales condiciones. Así, en nuestras latitudes, y particularmente en el territorio extremeño, las características climáticas se corresponden con un clima marcadamente estacional, de tipo *mediterráneo*, caracterizado por inviernos lluviosos (más del 60% de la precipitación anual) y más o menos fríos, y veranos anticiclónicos, secos y calurosos, un tipo de clima que se estabilizó a nivel de la Región Mediterránea hace unos 7.000-5.000 años y que está representado (con variantes) en diversos territorios situados entre los 32 y 40° de latitud N y S (<1% de la superficie terrestre) de cuatro continentes: Europa, N y S de Africa, S de América y SE & SW de Australia.

Las respuestas de los vegetales al clima mediterráneo son de índole diversa, y van desde el xeromorfoseado de las hojas para evitar la excesiva transpiración durante el estío (en los elementos perennifolios, v.g. la encina), al acomplamiento de la fenología de la floración con la época primaveral (la más benigna y con mayor número de polinizadores) o la generalización de formas vitales (las herbáceas anuales) cuya supervivencia durante la época desfavorable tiene lugar en estado de semilla. Con ser muy importantes estas estrategias, es también muy significativa la respuesta espacial de las diferentes comunidades vegetales a las condiciones microclimáticas de un territorio, pues aspectos

(*) Por R.Tormo, T.Ruiz & J.A.Devesa.